

que eres muy devoto de la Virgen. — ¿Cómo no, replicó éste con su habitual sencillez, si todo cuanto le pido me alcanza?., Espantado el compañero de una revelación tan extraordinaria y hecha con tanta naturalidad como si fuera la cosa más sencilla del mundo, repuso, dando á entender su extrañeza: “¿Qué dices?... Explícame el modo de pedirselo. — Le pido lo que deseo con fervor y confianza; y si veo que no me escucha, añadió el buen Padre con mucho gracejo, me acerco más á ella, la cojo del manto y le digo: Si no me lo alcanzáis, á fuerza de tiraros rasgaré el manto; y entonces ya me escucha.”

Como hacía cuando iba á las Misiones sus viajes á pie, se juntaba en los caminos con aquellos con quienes topaba, que de ordinario eran labradores, carreteros, y á las veces comerciantes. Para introducirse preguntábales con mucha amabilidad adónde iban y cuál era su oficio, les hacía algunas preguntas sobre él, dábales su parecer en las cosas que él entendía, y que eran muchas, particularmente en lo relativo á la labranza, y después de estos sencillos y amenos diálogos con que agradablemente los entretenía y les cautivaba el corazón, tomando pie de lo mismo que habían tratado, les hacía alguna reflexión piadosa y los exhortaba amigablemente á la virtud, con lo cual las buenas gentes quedaban no menos edificadas que contentas por el buen rato que habían pasado. Cuando se separaban para seguir cada cual su camino, las personas que le habían acompañado se decían unas á otras satisfechas y admiradas: “¡Qué sencillo y qué bueno! — También sabe nuestro oficio. — ¡Vaya si sabe! — Ya quisiera yo saber como él. — Más te valdría ser santo como él. — ¡Toma! Hacer lo que nos ha dicho, y algo seremos.”

Estas eran las exclamaciones y los sentimientos que despertaba el P. Claret en cuantos hallaba al paso en sus viajes, y por este medio hizo no poco fruto en muchas almas.

Si todos los santos se distinguieron en la interpretación espiritual y simbólica que dieron á la Naturaleza, llegando en algunos, como en San Francisco de Asís y en San Pablo de la Cruz, hasta los límites de la más bella y sublime poesía, nuestro amado Padre fué muy favorecido de Dios en este punto, porque todas las cosas naturales hablaban á su alma con tanta claridad y expresión que se puede decir que la Naturaleza era

para él un libro vivo, un templo religioso lleno de esos símbolos poéticos de hojas, flores, espigas y racimos que representan las virtudes y los misterios de la Religión cristiana. En todas las cosas oía la voz del Criador, y en todas contemplaba sus grandiosas huellas. Para él la hermosura de las flores no era sino el símbolo de la hermosura del alma que está en amistad con Dios; una estrella le simbolizaba el llamamiento del Señor á la virtud; la fruta de un árbol, la necesidad de obras buenas en el hombre; el toque de la campana por un difunto, la fragilidad de la vida humana y la cercanía de la muerte; el fulgor de los relámpagos ó el estampido de los truenos, el juicio universal; la presencia del fuego, las llamas eternas del abismo; el armonioso gorjeo de las aves, el dulce y suavísimo cantar de los ángeles del cielo; cualquier impresión del mundo sensible despertaba luego en su imaginación algún recuerdo celestial; poseía el secreto de las analogías entre los dos mundos, el de los cuerpos y el de los espíritus, el de la naturaleza y el de la gracia, y de tan amigable consorcio resultaba en él suma facilidad para elevarse á Dios por las criaturas visibles, y clara y pronta expresión de las cosas espirituales y divinas en las mismas cosas naturales, que le servían como de lengua y espejo para hacerlas oír y entender á todos los hombres, aun á los más apegados al sentido. Nada, por consiguiente, tiene de extraño la abundancia de símiles ó comparaciones que hallaba en cualquier asunto, y la facilidad con que tomaba pie de cualquier cosilla para explicar en sus pláticas familiares alguna virtud ó recordar alguna verdad ó misterio de nuestra sacrosanta Religión. Para comprender el fruto que hizo con estas conversaciones familiares citaremos algunos casos extraordinarios de conversiones, y luego un caso verdaderamente milagroso que le acaeció en uno de estos viajes.

Con gran dolor de sus pecados fué un día á confesarse con él cierto sujeto que hacía mucho tiempo se confesaba mal, y según él declaró, movióle á esta mudanza de vida la conversión familiar que el Siervo de Dios tuvo con él el día anterior cerca de la lumbre.

A veces el Señor le ilustraba sobrenaturalmente, haciéndole ver el estado interior de las almas con quienes trataba, con lo cual convirtió no pocas y consoló también á muchas.

Topó una vez cerca de Manresa con una mujer de mala vida; cuando la vió, el Señor le descubrió súbitamente todos los pecados de ella, y el P. Claret, con intento de sacarla de su mal estado, cruzó con la misma algunas palabras, le manifestó uno á uno todos los pecados que encubría ella en su enmarañada conciencia; y admirada la mujer de oír sus pecados de boca del P. Claret, cual otra Samaritana despertó de su letargo, los lloró amargamente, confesólos con humildad, y de allí en adelante llevó una vida muy ejemplar y fervorosa.

En las cercanías de la población de Ribas, no muy distante de Ripoll, un arriero que pasaba cerca de nuestro santo Padre se atrevió á decirle con mucho descaro y desvergüenza si quería confesar á su jumento. A lo que respondió el Siervo de Dios: "Quien ha de confesarse eres tú, que siete años hace que no lo has hecho." Y, en efecto, siete años hacía que no se confesaba. Al oír esto de un sacerdote desconocido, espantado el arriero abrió los ojos de su alma y se convirtió al momento. Semejante á éste fué el caso ocurrido en el llano de Barcelona. Con sacrilega audacia un carretero le dijo si quería confesar á sus mulos; pero el Siervo de Dios, con gran mansedumbre á la vez que con entereza, le respondió: "Bien sabes tú, aunque ignorante, que los mulos son incapaces de confesarse; quien debe hacerlo eres tú, que hace tantos años que no te has confesado (diciéndole el número de ellos), y llevas, sin embargo, una vida muy indigna de todo cristiano. —¿Cómo lo sabe Ud., replicó aquel hombre; Ud. sin duda me conoce. —No te conozco, dijo el P. Claret, pero veo cómo está tu conciencia." Al oír estas palabras, como si le hubiera herido un rayo se rindió el carretero, y diciéndole que deseaba pedir perdón á Dios y confesarse, hizo parar los mulos, se retiraron un poco del camino é hizo el hombre su confesión para recibir allí mismo la absolución de sus pecados.

Yendo una vez el P. Claret de Mataró á Barcelona, encontró á un pobre hombre cargado con un saco. Andaban los dos juntos, conversando con gran tranquilidad, cuando al acercarse á la capital de Cataluña comienza el hombre á suspirar y á dar gemidos diciendo: "¡Cómo lo haré! ¡Ay de mí! ¡Estoy perdido!,"

Ignoraba el Siervo de Dios la causa de la aflicción de aquel buen hombre, y con intento de consolarle le instó para que se

la dijera. Al principio aquél no se atrevía, pero al fin dijo: "Yo soy un pobre padre de familia; he comprado este tabaco para poder dar un poco de pan á mi mujer y á mis hijos, y ahora veo que van á prenderme y mandarme á presidio."

El P. Claret quiso consolarle, pero en vano; mas cuando ya se hallaban cerca de los guardas del registro, dijo al desgraciado padre:

—Déjeme Ud. el saco.

Este se resistía, pero al fin se lo entregó. Llegaron luego al lugar del registro, y preguntaron los guardas:

—¿Qué llevan ustedes en ese saco?

—Alubias,—respondió el P. Claret.

Descubrieron el saco, y vieron, en efecto, que había alubias, y así los dejaron pasar sin incomodarlos.

Recogió el hombre muy contento su nueva mercancía por verse con ella fuera de peligro, y sólo le quedaba alguna tristeza por no poder sacar el dinero del tabaco; pero aun en esto quiso Dios consolarle, porque al llegar á su casa no halló en el saco sino el género que había comprado. Fuera de sí de alegría, se deshizo en elogios de *Mosén Antón Claret* y contó el hecho maravilloso á los mismos guardas del registro. La noticia del suceso se propagó en poco tiempo y acrecentó la opinión de santidad que del P. Claret las gentes ya tenían, y los declarantes del caso en el proceso informativo dijeron que habiendo preguntado al Siervo de Dios si era verdad, evadió la conversación con profundísima humildad y gran prudencia, mas no negó el hecho (1).

Otro de los medios de que el P. Claret se servía para hacer mucho bien en las almas era la distribución de estampas, libritos y hojas sueltas, en que se contenían algunas máximas piadosas ú otras cosas edificantes y de provecho para instruir en la Religión y mejorar las costumbres. Como veía por experiencia la abundante cosecha que de la siembra de escritos religiosos recogía, distribuía los con gran profusión entre toda clase de personas, sin que en esto le dolieran prendas. Preguntóle una vez un amigo suyo en qué podría invertir una cantidad de dinero destinada á una obra piadosa, y le respondió:

(1) Véanse las Memorias inéditas del Rdo. P. Claret, y el Resumen que publicó de la vida de nuestro P. Fundador.

“El objeto más piadoso, el más útil y en el día el más necesario á que puede aplicarse la cantidad que Ud. me indica, es sin duda la propagación de buenos libros. Yo todos los días veo esta utilidad y necesidad; á eso exhorto á todas las personas que me presentan alguna ocasión, y para ese trabajo invierto todo lo que puedo (1).”

Era él de opinión, y por cierto opinaba muy cuerdamente, que si bien es necesario oír la palabra de Dios, pero que importa también mucho la lectura de estos escritos, y que en cierto modo es mayor el provecho que se saca de ellos que el de la plática ó del sermón oído en la iglesia; porque no todos van ó pueden ir al templo, pero el libro va á casa de todos: el predicador no puede estar á todas horas en el púlpito, mas el libro instruye de día y de noche y siempre que se quiera; el predicador no puede continuar hablando mucho tiempo sin caerse; el libro, empero, dice y repite las cosas sin fatiga alguna; léase mucho ó poco, que se tome ó que se deje, nunca se queja ni se da por ofendido. Mas si en todos tiempos el leer y propagar buenos escritos ha sido provechoso, hoy día es necesario á causa de la general propensión que hay á leer y enterarse de todo cuanto ocurre; y como en este siglo todo va al vapor y pululan mucho los espíritus superficiales, que ni tienen paciencia para los estudios serios, ni siquiera para los recreativos, cuando los libros son muy voluminosos, es menester aún más la propaganda de opusculitos y de hojas sueltas que la de los libros formales, aunque sean de más mérito y aun de mayor utilidad para los que obran con madurez y cordura en todas las cosas y desean tener de la virtud conocimientos sólidos y profundos. “Las gentes,— decía el Siervo de Dios,— padecen hambre de saber, y el hambriento, si no tiene comidas saludables, echa mano de otras, acaso insalubres, que le dañan en lugar de aprovecharle. Así acontece con la lectura, que si es de libros buenos y acomodados á la condición y á las circunstancias del lector, le aprovecha; pero si es de libros malos, periódicos impíos, folletos inmorales, le pervierten; comenzando por extraviar el entendimiento, acaba por corromper el corazón, de donde nacen todos los males.” De todo lo cual concluía cuán necesario es contrarrestar con la dis-

(1) Declaración del Dr. D. José Quintana y Rimbau.

tribución de buenos libros, folletos y hojas volantes la propaganda impía de los malos, y solía decir que hoy día ésta era la mejor limosna. También aprendió por experiencia que Dios por este medio había obrado muchas conversiones semejantes á la que vamos á contar.

Pasando él una tarde por la calle de una ciudad de las más populosas de España, se le acercó un niño, y después de besarle la mano le pidió una estampita, y el Siervo de Dios se la dió, como tenía de costumbre. Al día siguiente, después de haber celebrado la santa Misa y estando en el presbiterio de la iglesia dando gracias, se le acercó un hombre desconocido, de largos bigotes y de barba muy poblada, el cual, tapando el rostro como por vergüenza con la capa que llevaba, le preguntó con voz trémula y ronca si podría confesarle en un lugar donde nadie los viera. Conociendo el Siervo de Dios la necesidad espiritual de aquel hombre, hizole entrar en la sacristía y le dijo que aguardara un ratito hasta que acabara él de dar gracias. Terminadas éstas, á pesar de la muchedumbre de hombres y mujeres que en su confesonario le esperaban, fué á la sacristía, y aunque en ella no estaba más que él y aquel hombre desconocido, se retiró con él al rincón más apartado y oculto.

Puesto el penitente de rodillas, no podía decir una palabra por el llanto en que prorrumpió en aquel momento. Fué tal la copia de lágrimas, que admirado el confesor le preguntó el motivo que le había movido á confesarse. El penitente, entre gemidos y sollozos, exclamó: “¡Ay, Padre mío! Ayer pasó Ud. delante de mi casa; un niño le besó á Ud. la mano y le dió Ud. una estampita; era un hijo mío. Entretúvose un rato con ella, la dejó después sobre una mesa y salióse á jugar con otros niños. Entonces, yo, por curiosidad ó pasatiempo, la leí, y ¡oh, Padre mío! ¡qué impresiones me causó! Cada palabra fué un dardo que hirió mi corazón; determiné mudar de vida, y como Dios se valió de Ud. para que me convirtiese, con usted he pensado confesarme. Soy un grande pecador: ¿habrá perdón para mí?,” El Siervo de Dios le dijo que sí y le animó, y habiéndole oído en confesión, le absolvió de sus pecados. A este hombre, que había sido comandante de una partida de gente muy mala, y que al leer la hoja impresa los remordimientos no le dejaban descansar, después que se hubo confe-

sado Dios le consoló, concediéndole una paz y alegría inexplicables (1).

“En Villafranca del Panadés, — escribe el mismo P. Claret, — se convirtieron cuatro reos, que después de casi tres días que estaban en capilla no habían querido confesarse; y con una estampita que di á cada uno de ellos entraron en sí y se confesaron, y recibieron el santísimo Viático y tuvieron una buena muerte. Son muchos y muchísimos los que se han convertido por la lectura de una estampa ó de una hoja volante.”

En otro lugar hablaremos de los opúsculos y hojas sueltas que escribió el Siervo de Dios y de lo que á ello dió ocasión, y por ahora baste decir que el repartimiento de estas cosas era uno de los medios más eficaces para conservar el fruto de las Misiones y de los santos ejercicios.

El último medio, entre los principales, de que se valía para fomentar la piedad, era la distribución de escapularios, rosarios y medallas que le proporcionaban algunos bienhechores. Por este medio llegó á alcanzar un éxito extraordinario. No se contentaban ya los fieles con cumplir los deberes rigurosos de todo buen cristiano, sino que practicaban la piedad; afianzábanse las tradicionales costumbres religiosas ó se reanudaban en las familias que por desgracia las habían interrumpido. El fervor con que besaban el escapulario y la medalla al acostarse y al levantarse, y la atención, devoción y frecuencia con que rezaban el santísimo Rosario, rayaba en entusiasmo cuando estos objetos habían sido bendecidos por el Siervo de Dios. Inmenso fué el bien que en esta parte produjo el P. Claret en las Misiones.

A causa de la guerra civil habían decaído extremadamente en Cataluña las antiguas devociones populares; mas nuestro celoso Misionero las restableció de tal manera, que después de su predicación tal vez habría sido más difícil hallar en las poblaciones alguna persona sin rosario ó escapulario, que antes de ella quien se atreviera á usarlo públicamente. Con tal entusiasmo acometían los pueblos la restauración de tan piadosas costumbres, que así como en tiempo de San Vicente Ferrer había mercados de cilicios y disciplinas donde el Santo predicaba, así lo había de rosarios y medallas donde el Sier-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

vo de Dios daba Misión, y por mucho tiempo le siguió en sus excursiones apostólicas un mozo llamado Miguel Iter, que llevaba un jumentillo cargado de estos objetos y los vendía por muy poca cosa, y aun distribuía muchas docenas de ellos sin recibir paga alguna, porque no le movía el interés en aquella obra sino el deseo de secundar á nuestro Padre en hacer bien á las almas.

6. Vistos sumariamente los principales medios de que el P. Claret se valía para hacer fruto en las Misiones, sólo falta para comenzar sin estorbo la narración de ellas que demos una mirada general á los obstáculos que en las mismas halló, para que así resalte más la grandiosidad de esta nobilísima empresa.

Empecemos por las variaciones atmosféricas. Sintió el Padre Claret en extremo estas mudanzas en sus largos y penosos viajes, hechos á pie y de ordinario sin compañía alguna; mas abrazó estas molestias por amor á Jesucristo, sufriendolas, no sólo con paciencia, mas aun con alegría. En los viajes largos hacía por la mañana cinco leguas de camino y otras cinco por la tarde, y para medir las distancias, á lo menos en la temporada que dió Misiones en Cataluña, se servía de un mapa forrado de lienzo y plegado que llevaba consigo. No le detenían ni las lluvias, ni las nieves, ni los fríos del invierno, ni los calores del verano. En esta última estación, como llevaba sobre la sotana el balandrán, y con frecuencia los rayos del sol, como saetas encendidas, le daban en la cabeza, padecía un calor verdaderamente sofocante que apenas le dejaba respirar. A esto se juntaba la molestia de los pies; porque, como llevaba medias negras de lana, con el sudor se le reblandecía la piel y se le formaban llagas, lo cual no pocas veces le obligó á cojear. No le molestaban menos en invierno las nevadas cuando eran abundantes. Acaecía á las veces que, estando el terreno cubierto de nieve, ponía el pie en falso y caía en algún barranco. Pero él todas estas cosas las miraba como regalos del cielo, y daba gracias al Señor porque le proporcionaba ocasiones de padecer por Él para mostrarle en algo el amor que le tenía.

- Cuánto le mortificaría el aire, nos lo dirá quien haya viajado á pie con viento fuerte, particularmente en países donde sopla con más ímpetu, como el del Ampurdán en Cataluña,

pues suele ser en él tan tempestuoso que traslada á las veces de un sitio á otro montañas de arena. El Señor, complacido en la mortificación y abnegación de su Siervo, para manifestarle cómo su divina Providencia velaba con ternura por la vida de él, le sacó á veces de grandes peligros por modo maravilloso.

Iba un día de camino de Bañolas á Figueras; el viento soplabá con mucha fuerza, y sus agudos silbidos llenaban el espacio como de ayes lastimeros. Resistiendo como pudo sus ímpetus furiosos, llegó el P. Claret á orillas de un río que debía atravesar para ir á Figueras. En medio de la corriente se alzaba un peñón, en donde convergían y se apoyaban dos maderos que por el extremo opuesto descansaban respectivamente cada cual en su orilla. Un pobre hombre que cruzaba las aguas é iba delante de nuestro Padre, al llegar adonde empezaba el segundo madero arreció el viento de tal manera que le derribó á él y al movedizo puente. El Siervo de Dios resistía tan rudos golpes permaneciendo encima de la peña y apretando en ella su bastón; pero le era ya imposible, sin saltar al agua, el pasar á la otra parte. No se veía por allí ninguna persona; pero de improviso, sin haber él pedido auxilio á nadie y sin saber cómo, se presentó un joven desconocido, vadeó el caudaloso torrente, cargó sobre sus hombros al P. Claret y lo pasó á la otra orilla. No supo nuestro Padre más de él, porque luego se fué y desapareció (1); puede fundadamente creerse que era un ángel enviado por el Señor para socorrerle, pues no fué ésta la primera vez que acudió á remediarle con estos medios tan extraordinarios. Prosiguió el Siervo de Dios su viaje, pero con un viento tan fuerte que lo sacó no pocas veces del camino.

Para recompensar el Señor los sacrificios que hacía este su apóstol por amor de Él y por darle gloria y ganarle almas, le favoreció con algunas gracias extraordinarias, como las que vamos á referir.

Iba un día de Vich á Oristá acompañado de un mozo llamado Ramón Prat, que es quien refiere el suceso. Como estaba la tierra cubierta de nieve, no quiso éste dejarle hasta llegar al término de su viaje. Cuando se hallaron ya muy distantes de la ciudad, le dijo el P. Claret: "Ramón, vuélvete, que es tarde." El Sr. Prat se resistía á volverse, pues no le parecía pru-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

dente dejarle ir solo en aquellas circunstancias; instaba el Misionero, pero en vano. Cuando llegaron al punto llamado *la Font salada*, vieron que no había señales de haber pasado alguno por allí después de caída la nieve, lo cual confirmó al buen criado en la resolución de no dejarle. Mas he aquí que al poco rato, dando él la derecha al Sr. Claret, vió á su izquierda un mozo desconocido que llevaba el vestido muy aseado, aunque al estilo del país, con zapatos nuevos y con *barretina* (1) en la cabeza.

Admirado Prat de aquella repentina aparición, echó una mirada alrededor y observó que no había venido andando, pues en la nieve no había más pisadas que las del P. Claret y las suyas. Entretanto el Misionero preguntó al joven misterioso: "¿Adónde va Ud., compañero?—A Oristá, respondió éste.—Y luego, dirigiéndose el Siervo de Dios á Prat, añadió:—"Así, pues, vuélvete, Ramón; ya ves, Dios lo quiere."

Despidióse el Sr. Prat y los dejó ir solos, quedándose él en el mismo lugar hasta que los perdió de vista, sin atinar en qué era aquello que estaba pasando (2).

A esto añade el P. Claret en sus apreciables Memorias: "Después de algunos años supimos por el mismo Sr. Arzobispo que el joven se ofreció á acompañarle, y que cuando estuvieron cerca del pueblo adonde iban, le dijo: "Ya ve usted el pueblo, no puede Ud. perderse"; y desapareció."

Por aquellos mismos años en que el Siervo de Dios recorría las ciudades y los pueblos de Cataluña anunciando la divina palabra, acaeció que después de haber nevado en Vich por espacio de muchas horas en la tarde de la fiesta de la Inmaculada Concepción, se heló la nieve, y las calles y plazas quedaron tan resbaladizas que era casi imposible transitar por ellas. Yendo al día siguiente el Rdo. D. Fortián Bres á celebrar la santa Misa en la iglesia catedral, como entre seis y siete de la mañana, resbaló y cayó en la plaza contigua, rompiéndose de resultas una pierna. Trasladado inmediatamente á su casa, que no distaba mucho, fué luego visitado de su vecino y amigo el presbítero D. Ramón Pi, del sobrino de éste, que era seminarista, D. Pablo Parassols, y un poco más tarde

(1) El gorro propio de los catalanes, como la boina de los navarros.
(2) Declaración de D. Ramón Prat.

del Dr. D. José Puigdollers, catedrático del Seminario, y del mozo Ramón Prat, amigo de la familia. Reunidos alrededor del lecho del enfermo, convinieron unánimemente en que el señor Prat fuese en seguida á Olost, donde se hallaba el Sr. Claret, para darle noticia de la desgracia de su buen amigo y bienhechor.

En el instante mismo en que Prat iba á salir llamaron á la puerta; acudió éste á abrir, y con gran sorpresa se encontró con *Mosén Antón Claret*, que, á pesar de los barro y de las nieves que había en los caminos, venía con los pies enjutos. Espantados todos del caso, y más aún de que hubiese llegado allí tan de mañana y de su visita inesperada, le preguntaron cómo había venido. Él respondió que no sabía cómo, pero que fué allá por un impulso irresistible. Más admirados aún con esta respuesta, tornáronle á preguntar si había celebrado, y respondió que sí, con lo cual quedaron más atónitos. Eran entonces como las siete y cuarto de la mañana, y el Sr. Claret les dijo que había celebrado en Olost, y que después de dar gracias se había sentado en el confesonario y había estado confesando hasta las siete; de manera que no se comprende cómo no siendo por milagro pudo trasladarse en tan poco tiempo de Olost á Vich, que dista de aquella población cuatro leguas, y por caminos montuosos y á la sazón cubiertos de nieve.

Todo esto se averiguó y quedó más confirmado con la declaración de la hermana del que entonces era párroco de Olost, Juan Domenech, la cual añadió que después de oír las confesiones salió de allí muy aprisa, y que el criado de su casa echó mano del mulo y corrió tras él para hacerle montar, pero que no le halló en todo el camino, ni vió en la nieve, que aún iba cayendo, las señales de las huellas que naturalmente había de dejar (1); y así parece que el Señor le trasladó repentinamente por ministerio de sus ángeles ó de otro modo milagroso que él solo puede comprender.

Otro hecho maravilloso solía referir un testigo ocular y que con el Siervo de Dios fué objeto del mismo. Tal es el presbítero D. Juan Coma, natural de Manlleu, párroco de Figueras y sacerdote distinguido por sus vastos conocimientos, y más aún por su vida ejemplarísima.

(1) Declaración de D. Pablo Parassols, presbítero.

Contaba, pues, que al salir una vez el Sr. Claret de Figueras para Gerona, le invitó á que le acompañase á lo menos un rato por vía de paseo, á lo cual él accedió con mucho gusto. Mas sin saber cómo, al poco tiempo de haber entablado conversación se hallaron en el mesón llamado Orriols, que está á medio camino, no sin grande espanto del Rdo. Coma al ver que en tan corto espacio de tiempo se hallaban á tan larga distancia de Figueras que venía á ser la friolera de tres leguas. Pero creció el susto del pobre párroco cuando al pasar junto á una zarza se le hizo un gran rasgón en el manto, pues como se veía tan distante de su casa no sabía cómo remediarlo. Animóle el P. Claret y el Señor le consoló muy pronto, porque al poco rato se hallaron los dos en Gerona; y cuando D. Juan fué á mirar su rasgado manto se llenó de asombro al ver que estaba enteramente compuesto, sin señal alguna de rasguño, con lo cual concibió grande estima de la santidad de nuestro Padre, pues por su respeto obró el Señor en él tales prodigios (1).

Como acaece siempre desde que hay hombres en el mundo, los buenos y bien intencionados tomaron pie de semejantes maravillas para servir al Señor con mayor cuidado y diligencia y para venerar á su Siervo, acudiendo presurosos á oír sus pláticas y sermones con ánimo de aprovecharse de ellos. Empero los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia, los obstinados en la maldad, que sentían perturbarse sus desenfrenadas pasiones con las predicaciones del celoso Apóstol, porque la palabra divina que con tanto fervor anunciaba inquietaba la falsa paz de sus conciencias y se despertaban en ellas remordimientos desgarradores á la vista de los buenos ejemplos que daban las innumerables personas convertidas por el Padre Claret, tomaron de esto mismo ocasión para calumniarle atrozmente, primero en Cataluña y luego en toda España.

Acaecía que algún señor Obispo, conecedor del copiosísimo fruto que el Sr. Claret hacía en sus Misiones, escribía al gobernador eclesiástico de Vich pidiéndole le enviase á nuestro Misionero, y el Prelado accedía gustoso á semejante petición. Formada la lista de los pueblos adonde el Siervo de Dios había de ir á predicar, resultaba de ordinario que, concluída la

(1) Declaración de D. Antonio Casamor.